

EL CONSERVADOR CONVENCIDO

En Gran Bretaña acabamos de vivir unas elecciones generales en las que, para sorpresa general, el Partido Conservador ha ganado con mayoría absoluta. La sorpresa se debe al hecho de que ahora las campañas electorales se dirigen casi exclusivamente a aquellos que no tienen las ideas claras, de forma que las cuestiones realmente importantes ya no se discuten por miedo a asustar a gente que se asusta fácilmente. Así, la forma más simple de ganar unas elecciones consiste en mantener a tu electorado fiel mientras tratas de lograr el “voto flotante”. Puesto que tus votantes fieles lo serán mientras las alternativas sean peores, la estrategia más recomendable será dirigir toda la propaganda a aquellos que están permanentemente cambiando de opinión. Esto implica que todo el debate político se concentre sobre una pequeña parte del electorado que no tiene creencias, ni ideales, ni preocupaciones fijas, sino tan solo una pregunta: “¿Qué hará el Gobierno por mí?” En estas circunstancias es poco probable que los políticos se vean animados a la reflexión filosófica; tampoco lo es que las políticas respondan a las necesidades e intereses reales de la gente. Y sin embargo, solo bajo la perspectiva filosófica pueden estas necesidades e intereses ser entendidos completamente.

Lo que hacía tan inciertos los resultados electorales no era el voto flotante. Tampoco el hecho de que durante el Gobierno de coalición (2010-2015) el

Roger Scruton ha dado clases en las Universidades de Cambridge, Londres, Oxford, Princeton y Boston. Durante los últimos veinte años ha trabajado como escritor y comentarista.

Traducción de José Ruiz Vicioso.

Partido Conservador haya tratado a sus más leales seguidores –esos firmes conservadores convencidos– con indiferencia o incluso desprecio, lo que ha provocado que muchos de ellos se volvieran hacia UKIP –Partido de la Independencia del Reino Unido–, como el único partido que creía con claridad en el principal valor conservador, que es la nación, su identidad, su continuidad y su legado compartido de lealtad y ley.

Este error se debe, en parte, a la voluntaria renuncia a asumir la cuestión de la propia filosofía que el Partido Conservador ha mantenido desde los últimos años de Thatcher. ¿Qué es exactamente lo que piensa un conservador y por qué? La pregunta es tan relevante en la Europa continental como en las Islas Británicas. De hecho, cuanto más al sur se mira, más evidente resulta la necesidad de una política conservadora que se ha ido alejando de sus fundamentos filosóficos.

El conservadurismo parte de un sentimiento que toda persona adulta puede compartir sin reparo: el sentimiento de que las cosas buenas se destruyen fácilmente, pero no se crean fácilmente. Esto es especialmente cierto de las cosas buenas que recibimos como valores colectivos: paz, libertad, ley, civilidad, espíritu público, seguridad en la propiedad y en la vida familiar... bienes en los que dependemos de la cooperación ajena y que no podemos obtener sin el concurso de los demás. Respecto a todas esas cosas, el trabajo para destruirlas es fácil e inmediato, mientras que el crearlas supone una tarea lenta y laboriosa. Esa es una de las lecciones del siglo XX. También es una de las razones de la desventaja que afrontan los conservadores ante la opinión pública: su posición es verdadera pero aburrida, mientras que la de los oponentes es emocionante, aunque falsa.

La verdad del conservadurismo parte de que la sociedad civil puede ser aniquilada desde arriba pero se forma desde abajo. Crece del impulso asociativo de los seres humanos, que crean asociaciones civiles que constituyen no empresas con un objetivo predeterminado, sino espacios de encuentro libremente organizados. Con frecuencia los políticos presionan para adaptar estas asociaciones a propósitos externos, muchas veces en conflicto con su verdadero carácter. Esto es lo que pasó con los colegios públicos cuando los socialistas les prescribieron como objetivo la igualdad

social. Es lo que pasó con las universidades, cuando los gobiernos establecieron los indicadores de resultados como requisito para su financiación. Es lo que pasó con todos los *little platoons*¹ de Hungría, Eslovaquia y Chequia cuando el Partido Comunista los convirtió en correas de transmisión de la agenda socialista. Es lo que está pasando con muchas de nuestras costumbres sociales bajo la jurisdicción de la maquinaria europea de “derechos humanos” cuando condena como “discriminación” nuestros intentos de mantener viejos hábitos sociales, maritales y sexuales.

No sorprende, pues, que la posición conservadora, por más que recoja la fundamental experiencia de la pertenencia a la comunidad, no esté ya asegurada. Políticos que jamás se preguntan sobre las raíces del orden social, que no tienen una idea sobre la nación ni sobre su personalidad moral, que miran el legado de la civilización cristiana solo para ridiculizarlo o despreciarlo, que no son capaces de entender que el matrimonio y la familia son la condición *sine qua non* de la reproducción social... Esos políticos son los que han permitido a nuestro continente entrar en un periodo de profunda incerteza, al tiempo que han impedido un debate que todos necesitamos: el debate sobre la identidad. ¿Quiénes somos? ¿Qué nos hace una comunidad, cómo hacemos que los jóvenes se sientan parte de la misma, y qué hacemos con aquellos que la rechazan? El islam radical ha dado mayor trascendencia a esta pregunta, planteada ante el previsible silencio de la nueva clase política, que carece completamente de medios para responderla.

Tradicionalmente, el conservadurismo ha sido hostil a los intelectuales –con buena razón si pensamos en el daño que los intelectuales han infligido a la causa conservadora–. Sin embargo, no ha sido hostil a las ideas. La idea de identidad es de hecho la base sobre la que reposa la filosofía conservadora. Las elaboraciones de Burke y Hume lo recogen muy claramente. Una comunidad política no es un mero contrato ni una compañía de negocios. Es una construcción histórica –unida por la costumbre, la le-

¹ Los *little platoons*, famosa expresión de Edmund Burke, constituyen las asociaciones y organizaciones que forman la sociedad civil y por las que el individuo participa de la vida de la comunidad, desarrollando su sentimiento de pertenencia a la misma (*Nota del traductor*).

altad y el sentimiento de pertenencia– que encuentra su más alta expresión en una cultura nacional. Se asienta en el sentimiento de vecindad, en los *little platoons* y en ese amor intergeneracional que solo la familia puede despertar. La reflexión sobre el resto de cosas que la comunidad requiere –el qué, por ejemplo, en cuanto a la religión, a la educación, al orden legal o a la soberanía– ha sido asunto de la filosofía conservadora desde entonces.

Consideraciones muy importantes sobre esta concepción de la comunidad política fueron elaboradas, además de por Burke y Hume, por autores de la tradición continental como Hegel y Maistre. Nadie que estudie con seriedad esos argumentos podrá concebir que las políticas seguidas por los sucesivos Gobiernos europeos respecto a la inmigración, el papel del Estado o la regulación de la sociedad civil puedan llevar a largo plazo a algo distinto a la pérdida de identidad. Algo que vemos en los jóvenes de hoy y que conduce a una creciente –y potencialmente peligrosa– alienación.

Cuando Burke escribió sus *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* sabía que pasaría a ser considerado un enemigo público. Pero también sabía que la clase política a la que pertenecía se vería influida por sus argumentos y que empezaría a entender que una sociedad construida desde abajo, fundada en la costumbre y la *common law*, es mucho más estable que una impuesta desde arriba, como estaba ocurriendo en la Francia revolucionaria. Esa idea ha inspirado a generaciones de políticos británicos y además impulsó la democratización gradual de nuestra vida política. Burke nos ofrece así una prueba clara de que el conservadurismo, cuando es guiado por la filosofía, puede alcanzar su objetivo, que es el que su propio nombre indica: la conservación del orden social existente. Este fin es concebido de forma diferente en los distintos países de Europa, pues no existe un único legado religioso, institucional o legal. Pero la base de la filosofía conservadora sí es algo compartido en todo el continente.

¿Qué debemos esperar de la filosofía conservadora? Primero, debe desarrollar una idea reforzada del Estado-nación, en la que la integración activa de las minorías en la cultura política compartida reemplace a la actual política de separación. Una concepción que reconozca la influencia que

nuestro legado religioso ha tenido en la formación de nuestra soberanía y nuestro derecho; que sea adecuada para confrontar la teocracia islámica y las invasivas reivindicaciones de la *shari'ah*; que desarrolle un relato viable sobre la familia y el matrimonio, y sobre la amenaza que el socialismo supone para estas instituciones; y que incluya una concepción de la ciudadanía que preserve tanto la creencia ilustrada en la libertad como el respeto por las fronteras nacionales.

En este sentido, un conservador no puede evitar sentirse escéptico respecto a la Unión Europea y al gran, aunque raras veces confesado, proyecto del que surgió: el proyecto de disolver las fronteras para imponer la economía social de mercado a lo largo y ancho del continente. Apoyada en este proyecto imperial, se levanta toda esa legislación social diseñada para desarraigar y marginalizar nuestra herencia cristiana, y para abolir los valores maritales y familiares surgidos de ella.

Frente al gobierno que dirige a la sociedad desde arriba, Burke elaboró la teoría de la sociedad formada desde abajo por las tradiciones que surgen de nuestra necesidad natural de asociarnos. Las tradiciones sociales no son solo costumbres arbitrarias, que pueden o no haber sobrevivido hasta nuestros días. Son formas de conocimiento. Contienen la experiencia de muchas pruebas y errores, pues la gente trata de ajustar su conducta a la conducta de los demás. Son las soluciones que se han encontrado a problemas de coordinación que van surgiendo a lo largo del tiempo. Existen porque proporcionan información sin la que una sociedad no sería capaz de reproducirse a sí misma. Si se destruyen se elimina el caudal de conocimiento que cada generación ofrece a la siguiente.

Al hablar de tradición no nos estamos refiriendo a reglas o convenciones arbitrarias. Hablamos de “respuestas” que se han encontrado a “preguntas” que se mantienen en el tiempo. Estas respuestas son tácitas, compartidas, contenidas en nuestras prácticas y expectativas sociales. Aquellos que las adoptan no necesariamente serán capaces de explicarlas, menos aún de justificarlas. Por eso Burke las calificó como “prejuicios” que defendió argumentando que si bien la razón humana es limitada, la sociedad nos proporciona esa sabiduría que solo en nuestro perjuicio rechaza-

remos. La razón se muestra realmente en todo aquello que no podemos razonar –eso es lo que llamamos tradiciones–, especialmente en aquellas cosas que implican un sacrificio, como el honor militar, el vínculo familiar, las formas y los currículos educativos, las instituciones caritativas o las normas de urbanidad.

La tradición no constituye un conocimiento teórico, relativo a hechos y verdades. Tampoco se refiere a un *know-how* para la vida ordinaria. Se refiere a otro tipo de conocimiento, que implica la resolución de situaciones, el saber qué hacer para completar una tarea de forma exitosa, cifrándose ese éxito no en la consecución de un objetivo predeterminado sino en la armonía entre el resultado y nuestros intereses. El saber qué hacer cuando estamos en compañía de los demás, el qué decir, el qué sentir, son cosas que aprendemos por inmersión en la sociedad. No se aprenden como aprendemos a deletrear, sino por ósmosis; y sin embargo, todo aquel que no haya adquirido esos conocimientos será descrito como ignorante. Las divisiones del día, el reparto de tareas familiares, los ritos de una escuela, de un equipo o de un tribunal, la liturgia de una iglesia, los pesos y medidas utilizados en los negocios del día a día, la ropa adecuada para esta o aquella situación social: todo ello contiene un conocimiento social tácito sin el cual nuestras sociedades se desmoronarían. También hay ejemplos referentes a la vida política: los procedimientos parlamentarios, con sus formalidades y prerrogativas; la ley y sus instituciones; el *curriculum* de la escuela y la universidad –hoy casi destruido tras medio siglo de activismo socialista–, etc.

Los pensadores políticos de la Ilustración, de Hobbes y Locke a John Rawls y sus seguidores en nuestros días, han descrito los fundamentos del orden político y la justificación de la obligación política como un contrato social –un acuerdo, explícito o tácito– por el que todo ciudadano razonable presta su consentimiento a someterse a unos principios comunes. Aunque el contrato social ha recibido formulaciones diversas, su principio fundamental fue enunciado por Hobbes: “no puede haber obligación para ningún hombre que no surja de sus propios actos”². Mis obligaciones son

² Thomas Hobbes, *Leviatán*, parte 2, cap. 21.

una creación mía, y me vinculan porque han sido elegidas libremente. Cuando establecemos un compromiso con alguien, el contrato resultante ha sido creado de forma libre, y su incumplimiento no solo perjudica al otro sino a nosotros mismos, puesto que constituye una repulsa a nuestra propia decisión razonada. Si pudiéramos construir nuestra obligación política con el Estado según el modelo del contrato, entonces quedaría justificada de forma que todos los seres racionales deberían aceptarla. Los contratos son el paradigma de las obligaciones establecidas voluntariamente. Obligaciones que no se imponen ni se ordenan coercitivamente, sino que se eligen con libertad. Cuando la ley se funda en un contrato social, la obediencia a la misma es simplemente el reverso de esa libre elección. Libertad y obediencia son las dos caras de la misma moneda.

Tal contrato se refiere a un *homo oeconomicus* abstracto y universal, que viene al mundo sin ligaduras, o como afirma Rawls, sin “concepción del bien” ni nada más que su interés propio para que lo guíe. Las sociedades humanas, sin embargo, son por naturaleza exclusivas, y establecen privilegios y beneficios que se otorgan solo a sus miembros y que no pueden ser concedidos a todo el que llega sin sacrificar la confianza en la que reposa la armonía social. El contrato social surge de un experimento teórico en el que un grupo de personas se reúne para decidir su futuro en común. Pero en realidad, si se encuentran para decidir juntos ese futuro es porque ya tienen uno: porque reconocen su dependencia mutua deben establecer cómo van a gobernarse bajo la misma jurisdicción en un territorio determinado. Los teóricos del contrato social escriben como si este supusiera una elección libre y racional en primera persona del singular cuando realmente presupone la primera persona del plural, en la que las cargas de la pertenencia al grupo ya han sido asumidas.

La contradicción, el desacuerdo, la libre expresión del disenso, la regla del compromiso, todas estas cosas presuponen una identidad compartida. Tiene que haber esa primera persona del plural, ese “nosotros”, si un grupo de individuos quiere permanecer unido, aceptando las opiniones y los deseos de los demás por encima de desacuerdos. La religión proporciona ese nosotros: definirnos como cristianos o musulmanes es suficiente para vincular a los que comparten esa misma fe, incluso cuando no

estemos de acuerdo sobre cuestiones del día a día del gobierno. Pero esa primera persona del plural no se acomoda fácilmente a la política democrática. En concreto, no acepta el desacuerdo fundamental que dentro de un Estado divide a los creyentes que aceptan la doctrina dominante de aquellos que no.

Las democracias, por ello, necesitan un “nosotros” nacional más que uno religioso o étnico. El Estado-nación, tal y como lo concebimos, es el resultado del sentimiento de pertenencia a la comunidad, moldeado por una “mano invisible” de entre los incontables acuerdos que se forman por las personas que hablan la misma lengua y viven unos junto a otros. Resulta de los compromisos alcanzados tras muchos conflictos y expresa el acuerdo formado lentamente entre vecinos para garantizarse unos a otros un espacio y proteger juntos el territorio común. Ha integrado conscientemente a las minorías étnicas y religiosas, que a su vez se han ajustado al Estado-nación. Se asienta sobre determinadas costumbres y en unos mismos ritos de tolerancia. Su ley es territorial más que religiosa y no invoca más fuente de autoridad que los bienes intangibles que los ciudadanos comparten. El Estado-nación, así concebido, es lo que constituye el principal objetivo de la política conservadora en nuestro tiempo, y ese objetivo es tan importante para los españoles como lo es para los ingleses.

Hoy el Estado-nación debe confrontar la cuestión del separatismo. La sorprendente consecuencia de la dictadura bruselense ha sido no la abolición de las naciones sino su multiplicación, pues la gente busca desesperadamente una fuente de lealtad real y duradera con la que resistir a la forma de gobierno puramente contractual que le ha sido impuesta desde arriba. En el Reino Unido estamos viviendo una creciente división entre Inglaterra y Escocia similar a lo que está sucediendo entre Cataluña y el resto de España. Un fenómeno que supone una llamada para que entendamos los principios filosóficos del gobierno secular y democrático, y para que encontremos una solución a las nuevas tensiones nacionales.

PALABRAS CLAVE

Conservadurismo • Reino Unido • Europa • Valores occidentales • Principios filosóficos • Estado-nación

RESUMEN

Roger Scruton parte de una simple pregunta –¿qué es exactamente lo que piensa un conservador y por qué?– para recorrer los principales valores y fundamentos filosóficos –nación, identidad, continuidad histórica, paz, libertad ley, civilidad, seguridad, propiedad privada, familia, tradición y civilización cristiana– que hoy identifican a un conservador tanto en el Reino Unido como en todo el continente europeo. En este sentido, el autor no disimula cierto escepticismo hacia una Unión Europea que desarrolla una legislación social capaz de desarraigar muchos de estos valores (sobre todo en los más jóvenes) y disolver el espíritu integrador de la antigua nación-Estado.

ABSTRACT

Roger Scruton starts from a simple question – what exactly does a conservative think and why? – in order to review the main values and philosophical foundations – nation, identity, historical continuity, peace, liberty, law, civility, security, private property, family, tradition and Christian civilization – which today identify a conservative both in the UK and in the whole European continent. In this sense, the author does not conceal some scepticism toward a European Union that is developing a social legislation capable of uprooting many of these values (especially among the young) and of dissolving the integrating spirit of the old nation-State.

Nueva Revista celebra sus 25 años

25
1990
2015
ANIVERSARIO

“Libre y plural en sus informaciones, responsable en sus criterios editoriales y en las opiniones de sus colaboradores, moderna y liberal en su ideología, respetuosa con los principios y valores históricos del humanismo greco-latino y cristiano que están en el origen de la civilización occidental.”



UIMP

Universidad Internacional
Menéndez Pelayo

Santander, del 31 de agosto
al 4 de septiembre de 2015

SEMINARIO

Después de 2015 ¿más o menos liberalismo?

Directores: Carlos Aragonés
y Miguel Ángel Garrido Gallardo

www.uimp.es